

# Evocación de Bolívar

ENRIQUE CAMPOS MENENDEZ

¿Es Simón Bolívar, aquel niño huérfano de padre, atolondrado e insensato que ven sus parientes de Caracas, allá por 1790, entre las luces de lámparas de caireles y grandes candelabros de plata y de bronce, y el sonar del clavicordio, con el minué, el rigodón y los lanceros? ¿O es el que contempla a su madre, sonriendo en una fiesta, por encima del abanico? El niño Simón hablaba con los granados y les daba órdenes, empleaba como corcel al perro de la casa y conversaba con los pájaros, oliendo el aire balsámico de los jardines caraqueños.

A los siete años, el niño Simón cae en las manos de un rousseauiano nato, que parecía ausente en su modo de mirar, pero que iba rompiendo con las costumbres. Mientras nadaban, le enseñaba a pensar. El niño preguntón no desconsolaba a Simón Rodríguez, y paseando por Caracas se ocupaban de todas las cosas del mundo y de muchas más. Los términos de "¡Libertad! ¡Igualdad! ¡Fraternidad!", encandilaban al muchacho. Todo un código de rebeldías, brotadas a torrentes de los labios del pintoresco Rodríguez, que se empeñaba en hacer del "Emilio", de Rousseau, su biblia pedagógica. Nada de sermones ni de látigos. Siempre de cara a la naturaleza, dudando de todo. A nado, por los ríos; a caballo, por las sabanas. Siempre, maestro y discípulo, en un incesante ir y venir, devorando caminos, al aire y al sol del trópico.

Un día, Rodríguez dijo que nada tenía que enseñar al niño. Su tío Carlos piensa en ponerle a buen recaudo con el latín de un maestro. Este,

Guillermo Pelgrón, no logró interesarle en la magnífica lengua de Virgilio. Rabieta, caos, rechazo. Un pasante, que se las ingenia para tratar con "ovejas negras", hijo del abogado don Bartolomé Bello y de doña Antonia López, sólo dos años mayor que Simón Bolívar, llamado Andrés, se dispuso a enseñarle geografía, matemáticas y cosmografía. Y así fue pasando el tiempo.

A los catorce años, elegante y rebelde, con vocación militar, va al cuartel de milicianos de Aragua. Al cabo de seis meses, era ya subteniente. En los salones, no sólo su presencia atrae. También va mostrando ideas exaltadas. El republicanismo que se incubara en él por las enseñanzas de Simón Rodríguez va dando frutos. Ya era hora de enviarlo a España, a Cortes. ¡España! Tierra verde, exuberante de viñedos, dorada de trigales; tierra agrietada, arenosa y cálida, hiriendo el viento con las púas de los espinos; tierra montañosa, orlada de brezales y madroñeros. Desfile de pueblos y ciudades, hasta que, hacia las estribaciones del Guadarrama, apareció, en una ondulación de colinas, la capital de España. ¡Madrid, antiguo pulso del mundo!

Jinete por la Castellana, por el Prado o por las Delicias, en el verano de 1799, Simón, centauro llanero, ve pasar galeras, birlochos y tartanas. Saluda, mira, ríe... y espera. Lo que no es un obstáculo para que, por las noches, pueda cambiar de rumbo y tiente suerte a la baraja o se mezcle con la flor y nata de los cómicos de la Plazuela de Santa Ana. La calle le encanta y el Palacio le atrae. Pasa el tiempo. Y un día conoce, en la casa de Fuencarral, a la bella Teresa Rodríguez del Toro y Alaiza. Ella le oía embelesada hablar de los grandes ríos, de la cordillera, del llano estremecido, de las plantaciones, de los animales salvajes.

Simón ya abandonaría a truhanes y a matadores, a manolas y a chisperos, y un orden de penitencia de fiel de amor desplazaría al esplendor popular y goyesco de sus jornadas de envión. Teresa había hecho el milagro, con el amor por Dios, por señor, por juez y por testigo. ¿Qué de hermoso no depararía el mañana?

Al morir Teresa, el 23 de enero de 1803, Simón Bolívar comenzó a apurar el cáliz. La vida lo llevaría, de ola en ola, desde el éxito y la gloria a las caídas y al dolor. ¿Qué no habría de pensar este hombre superior del destino que lo asaeteaba constantemente? Durante un año, Simón se vuelve taciturno y hurano, pero se da cuenta de que Madrid no le ayuda a sanar. Entonces, en 1804, viaja a París. Allí la Revolución cambió muchos hábitos sociales, pero existen lugares en donde aún se mantiene el salón, parnaso y palestra política, al mismo tiempo. Una heroína de Chateaubriand, Fannie-Louise

Dennie de Trobiand de Keredern y Aristigueta, es, al mismo tiempo musa e inspiradora, paso de vida, regalo del destino.

Entre aventuras y naipes, Bolívar comienza a preguntarse: si un corso puede apoderarse de Francia, ¿por qué no podría un venezolano apoderarse de su propia tierra? Un día, en diciembre de 1804, ve al Papa Pío VII coronar en París a Bonaparte. Bolívar conversa con Simón Rodríguez y conoce al sabio Humboldt, quien le da una lección vivísima de América, de sus selvas y minerales, de sus ríos y de sus cumbres. Rodríguez y Humboldt se complementan, permitiendo que Bolívar readquiera una fe en un proyecto de misión histórica. Por su parte, la figura de Francisco de Miranda, el gran visionario de la Independencia de América, le despierta la sed de transformaciones cuando escribe: "Las colonias ya están maduras para el gobierno propio... les advierto que no hay que precipitarse. Una pequeña imprudencia puede dar por tierra con esta oportunidad que nos brinda Dios. La falta de unión será la muerte de nuestros planes".

Cartas, batallas, proyectos, peticiones. Bolívar siempre está en el camino. A cada uno le dice cuánto tiene que decirle, para que se haga lo que él estima su deber. Con algunos es duro, cortante y enérgico, con otros es sutil, lisonjero y hasta humorista. Lee a Voltaire y a Monstequieu. Quiere aprovechar todas las circunstancias que se le presentan. No quiere dejar nada librado al azar o a la improvisación. Está resuelto, como un cuidadoso estratega, a aniquilar el dominio de la monarquía en tierras venezolanas; pero su gran preocupación es ya la libertad de América. De toda América.

Bolívar tiene ahora mucho en qué pensar. En sus manos están todos los hilos que hacen moverse a los personajes de la nueva América. Sabe que es preciso sustraerlos del peligroso desenfreno ("bochinche" lo llamará Miranda) que engendra la libertad. Reconoce, eso sí, que hay otro enemigo poderoso: el monstruo geográfico: desiertos, selvas, ríos, montañas, prodigados en una dimensión planetaria. Accidentada topografía y el rigor y la variedad de los climas son los obstáculos naturales que la independencia americana deberá superar.

Hasta que el 14 de octubre de 1813 lo proclaman, en el templo de San Francisco, como el Libertador, el título más bello que pueda ostentar el orgullo humano.

Así logra, partiendo con un puñado de patriotas desde Cartagena de Indias, su campaña admirable, libertar gran parte del territorio que hoy es de Colombia y su patria venezolana.

Pero aquellos triunfos logrados por los patriotas no bastaron para consolidar definitivamente su dominio en el país.

En los extensos llanos, especialmente en las zonas cercanas a San

Fernando y a las riberas del Orinoco y del Apure, los realistas fugitivos rehicieron sus fuerzas en torno a un improvisado caudillo, el asturiano José Tomás Boves, quien levantó en armas a los llaneros en favor de la causa del rey.

Este temible jefe, hercúleo y contrahecho, montado siempre en su negro caballejo, era como un Gengis Kan americano que, con sus desatadas hordas, asolaba la tierra venezolana ahogando en sangre las esperanzas de la libertad.

Los llaneros bajo su mando se precipitaron, lanza en mano, tras el codiciado botín que el *taita Boves* mañosamente les describía.

Bolívar siempre sintió resonar en sus oídos, como el redoble de un infernal tambor, aquella caballada de Boves. Sus jefes (Morales, Rosete, Yáñez y Zazuola), tremolando al viento las cintas de los sombreros, de las que colgaban, como macabras preseas, cercenadas orejas de patriotas, rivalizaban en bravuconadas, abusos y atrocidades, afanados por superar la siniestra fama de su caudillo, a quien apodaban *Azote de Dios*.

Luego viene el destierro de Jamaica, donde fuera en busca de ayuda después de la derrota sufrida a manos de Boves en La Puerta y que ha puesto en serio peligro la libertad de Venezuela.

Pese a la derrota, su espíritu no decayó ni un instante. Redactaba cartas y largos memoriales, que se publicaban en el *Royal Gazette*, el periódico de Jamaica. Todo su anhelo era encontrar alguna ayuda concreta, un solo madero al que asirse para evitar el total naufragio de la causa.

Su principal preocupación de aquel momento consistía en esclarecer la verdadera posición de los patriotas, ante la recuperada agresividad de los absolutistas de Fernando VII. Para eso, publicaba artículos y más artículos y enviaba cartas y más cartas. Estos documentos, como el llamado *Contestación de un Americano Meridional a un Caballero de esta Isla*, explicaban una vez más todos los fundamentos de su lucha y el verdadero rumbo de sus designios. Recordaría siempre que con estas ideas dándole vueltas por la mente volvió a su aposento.

Sobre la hamaca había un hombre al parecer dormido. Acercó el farol y reconoció a su amigo Félix Amestoy que ocupaba su lugar. Tenía el rostro exangüe, los ojos fijamente abiertos. En el pecho ensangrentado, un puñal.

El destino había inmolado a un fiel amigo, para preservarlo a él en su gran misión de libertar un continente.

Fracasó su gestión en Jamaica. No consiguió ningún apoyo efectivo, pese a las promesas del gobernador de la Isla, el duque de Manchester. Mas no se dio por vencido. En otra isla del Caribe había una pequeña república independiente; una extraña nación de negros: Haití. Fue desde ese país

aparentemente oscuro donde volvió a encontrar la llama para volver a encender la antorcha de la libertad. Con la ayuda de los haitianos reconquista tras duras pruebas la tierra venezolana.

En los llanos ha surgido un nuevo caudillo que reemplaza a Boves. Es patriota y su nombre es José Antonio Páez. Al ver miles y miles de valerosos jinetes que han tomado la causa de la libertad, tiene la certeza de que sus sueños de una América independiente se afirman en una base real: la revolución emancipadora comienza a ser una causa popular.

Y empiezan los días de triunfos y glorias y de campañas que estremecen el suelo de América en una prodigiosa sucesión, en un crescendo épico que culmina en la victoria de Pichincha, con la cual el general Sucre abre al Libertador las puertas de Quito.

Recuerda aquellas imágenes de la altura ecuatorial recién liberada. El cortejo se acerca a la plaza. Tras la banda de músicos, viene el general Sucre con su Estado Mayor. Los guerreros con sus vistosos uniformes, entorchados y condecoraciones, arrancan aplausos y vítores del humilde pueblo en las calles y de las damas y caballeros en los balcones.

Siguen los coroneles Andrés Santa Cruz y Juan Lavalle y sus mil seiscientos veintidós hombres, bizarros oficiales y soldados peruanos, argentinos y chilenos que, enviados fraternalmente por el general San Martín desde el Perú, se unieron a los bravos venezolanos, colombianos y ecuatorianos, logrando las victorias de Riobamba y Pichincha.

Pero la ansiosa muchedumbre ya no tiene ojos más que para un solo hombre. Para él, que monta un brioso caballo blanco, a la cabeza de sus lanceros; agita en alto el bicornio, agradeciendo los vítores y respira, junto con las ráfagas de un aire refrescado por las nieves eternas, el clima de epopeya que se esparce a su paso.

Al embocar en la plaza, mientras las dignidades eclesiásticas salen a recibirlo bajo palio, una corona de laureles le cae sobre los hombros. Mira hacia los balcones de la casa del obispo, desde donde ha llovido tan singular homenaje. Una bella mujer de ojos llameantes, piel trigueña y boca fresca es quien ha rendido la ofrenda. Las miradas de ambos se encuentran. El ve su hermoso busto cruzado por la banda de la Orden del Sol del Perú. Aquella mujer tiene que ser una apasionada patriota.

Fue en el baile de aquella noche memorable donde la conoció. Se llama Manuela Sáenz... y ya no saldrá más de su vida. Lo seguirá por todo el itinerario de su triunfal carrera; lo acompañará en todas las circunstancias y aun le salvará de la confabulación de sus enemigos. La llevó en la piel y en el corazón.

Sobre el Cerro Rico, de Potosí, legendaria montaña de plata, a cinco

mil ochocientos metros de altura, Bolívar ha clavado las banderas de las repúblicas de América que él ha emancipado.

A su lado están, en esa hora memorable, Sucre y el Estado Mayor, la delegación del Plata encabezada por Alvear y las más altas dignidades eclesiásticas, militares y civiles del Alto Perú. Pero él sabe que allí flamean libres para siempre todas las banderas de la América. Junto con San Martín, O'Higgins, Santander, Páez y tantos otros valientes, se ha conseguido el prodigo de libertar a América.

Desde la cima se divisa un dilatado páramo. El avanzó hacia el abismo, y, pálido el rostro, trémula la voz, exclamó, en medio de un silencio apenas estriado por el silbido del viento, como reuniendo en su voz la de todos los próceres:

“Venimos venciendo desde las costas del Atlántico, y en quince años de una lucha de gigantes hemos derrocado el edificio de la tiranía formado en tres siglos de usurpación y de violencia.

¡Cuánto no debe ser nuestro gozo al ver tantos millones de hombres restituidos a sus derechos por nuestra perseverancia y nuestro esfuerzo: en cuanto a mí, de pie sobre esta mole de plata que se llama Potosí, y cuyas venas riquísimas fueron trescientos años el erario de España, yo estimo en nada esta opulencia cuando la comparo con la gloria de haber traído victorioso el estandarte de la libertad desde las playas ardientes del Orinoco, para fijarlo aquí, en el pico de esta montaña, cuyo seno es el asombro y la envidia del universo!”

El 7 de diciembre de 1824, dos días antes de la batalla de Ayacucho, mostrando su inquebrantable fe y su determinación de llevar a cabo la unidad americana, dirigió a todas las repúblicas hermanas un vehemente llamado para que concurrieran a un gran congreso que se celebraría en Panamá. El lugar fue cuidadosamente escogido por su situación y significado. El lo expresó en su mensaje:

“Después de quince años de sacrificios consagrados a la libertad de América, por obtener el sistema de garantías que, en paz y en guerra, sea el escudo de nuestro nuevo destino, es tiempo ya que los intereses y las relaciones que unen entre sí las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental, que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos.

Establecer aquel sistema y consolidar el poder de este gran cuerpo político pertenece al ejercicio de una autoridad sublime que dirija la polémica de nuestros gobiernos, cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios y cuyo nombre solo calme nuestras tempestades. Tan respetable autoridad no puede existir sino en una asamblea de plenipotenciarios

nombrados por cada una de nuestras repúblicas y reunidos bajo los auspicios de la victoria obtenida por nuestras armas contra el poder español”.

El visionario incomprendido que hay en él, lucha con todos y contra todo, se anticipa al juicio de la historia, y resume su pensamiento en estas proféticas palabras:

“El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando después de cien siglos la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrarán con respeto los protocolos del Istmo”.

En diciembre de 1830, Bolívar está muriendo. Los sueños y el delirio se confunden con la realidad. Desfilan por su mente, atraídos por la memoria, sus comienzos. Ya es su primera mujer. Ya el París de Bonaparte. Ya las enseñanzas de Rodríguez. Ya Fanny, a quien escribe: “Muero despreciable, proscrito, detestado por los mismos que gozaron mis favores; víctima de intenso dolor, presa de infinitas amarguras... Juventudes, ilusiones, sonrisas y alegrías se hunden en la nada; sólo tú quedas como visión seráfica, señoreando el infinito, dominando la eternidad. Me tocó la misión del relámpago, rasgar un instante la tiniebla, fulgurar apenas sobre el abismo y tornar al perderse en el vacío”.

Ya la muerte se acerca. Está ahí, mirándole. El la contempla, cara a cara, y no tiene miedo. Pide a sus muchachos que le lleven el equipaje a bordo de la fragata. Es poco más de la una de la tarde del 17 de diciembre de 1830. Se extingue una figura que articulara la independencia americana, desde el sueño de visionario a la realidad, la que hoy nos muestra su sueño como una posibilidad eterna.